

que llevase prisa, sino que dice simplemente: “Y permaneció María con ella cerca de tres meses, y después regresó a su casa”²⁷. “¿Con qué otro objeto —dice San Buenaventura— la Madre de Dios se veía obligada a darse prisa en ir a visitar la casa del Bautista, sino con el de ser útil a aquella familia?”²⁸.

Este espíritu de caridad hacia los hombres, lejos de haber disminuido en María cuando subió al cielo, ha crecido notablemente, porque allí conoce mejor nuestras necesidades, y se compadece más de nuestras miserias. “Más desea María hacernos bien —escribió San Bernardino de Bustos— que nosotros recibirlo de Ella”²⁹; “de manera —dice San Buenaventura— que Ella se ofende con aquellos que no le piden gracias”³⁰. En efecto, la inclinación de María es enriquecer a todos de ellas, como ya colma abundantemente a sus siervos, según afirma el Idiota³¹.

Por esto dice el mismo autor que el que halla a María encuentra todos los bienes. Y añade que cualquiera puede hallarla, aunque fuese el pecador más miserable del mundo, porque es tan benigna que no desecha a ninguno de los que acuden a Ella. Yo invito a todos a que acudan a mí, le hace decir Tomás de Kempis, a todos espero, no desprecio jamás a ningún pecador por indigno que sea, si implora mi auxilio. Cualquiera que le pida gracias, dice Ricardo, la hallará

²⁷ Luc. I, 56.

²⁸ Spec. cap. 84.

²⁹ Mar. p. i. Serm. 5.

³⁰ S. Bon. in Spec. Virg.

³¹ In Prol. Cont. B. V. cap. I.

siempre dispuesta e inclinada a socorrerle y alcanzarle las gracias de salud eterna con su poderosa intercesión.

He dicho con su poderosa intercesión, porque el otro motivo que debe aumentar nuestra confianza es el saber que Ella alcanza de Dios todo lo que pide a favor de sus devotos. “Observad —dice San Buenaventura hablando de la visita que María hizo a Isabel— la gran virtud que tuvieron las palabras de la Virgen, pues a su voz fue conferida la gracia del Espíritu Santo, tanto a Isabel, como a Juan su hijo, según refiere el Evangelista”³². En donde añade San Buenaventura: “Véase cuán eficaces sean las palabras de la Señora, que al proferirlas se confiere el Espíritu Santo”³³. “Jesús se complace en gran manera —dice Teófilo de Alejandría— cuando María le ruega por nosotros, porque entonces todas las gracias que El nos hace por los ruegos de María, más bien entiende hacerlas a su Madre que no a nosotros”³⁴. Sí, porque Jesús, según San Germán, no puede dejar de oír a María en todo lo que le pide, queriendo casi obedecerla en cuanto a esto como a su verdadera Madre; por lo que dice el Santo que los ruegos de esta Madre tienen cierta autoridad con Jesucristo, de modo que alcanza el perdón aun a los pecadores más grandes que se encomiendan a Ella³⁵.

Esto, como advierte San Juan Crisóstomo, se confirma muy bien con el suceso acaecido en las bodas de

³² Luc. I, 41.

³³ Tract. de Vita Christi.

³⁴ Ap. Baldi Guiard. di Mar. nella Praef.

³⁵ Or. de Dorm. V.

Caná, en donde pidiendo María al Hijo el vino que faltaba, a pesar de que entonces no había llegado aún el tiempo destinado para obrar milagros, como explican el Crisóstomo y Teofilacto; el Salvador, dice el mismo Crisóstomo, para obedecer a la Madre, hizo el milagro que Ella le pidiera convirtiendo el agua en vino³⁶.

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, como nos exhorta el Apóstol, a fin de alcanzar la misericordia, y hallar la gracia para ser oportunamente auxiliados³⁷. El trono de la gracia, dice el beato Alberto Magno, es la bienaventurada Virgen María³⁸. Si queremos, pues, gracias, acudamos al trono de la gracia que es María, y lleguémonos a él con la esperanza de ser ciertamente oídos, mediante la intercesión de María que obtiene todo lo que pide a su Hijo. Busquemos la gracia, repito con San Bernardo, y busquémosla por medio de María; adhiriéndonos a lo que la misma Virgen Madre dijo a Santa Matilde, que llenándola el Espíritu Santo de toda su dulzura la había hecho tan amada de Dios que cualquiera que por su medio solicitase gracias seguramente las obtendría³⁹.

Y si prestamos fe a la célebre sentencia de San Anselmo hallaremos que a veces se alcanzan más pronto las gracias acudiendo a María que dirigiéndose a nuestro mismo Salvador Jesús; no porque El no sea la fuente y el Señor de todas las gracias, sino porque

³⁶ S. Joan. Chrysost. ap. Corn. a Lap. in Joan. cap. 2, vers. 5.

³⁷ Hebr. IV, 16.

³⁸ Serm. de Ded. Eccl. I.

³⁹ Ap. Canis. l. 1, cap. 13.

acudiendo nosotros a su Madre, y rogando entonces Ella por nosotros, sus ruegos, como ruegos de madre, tendrán más fuerza que los nuestros⁴⁰. No nos separemos, pues, jamás de los pies de esta tesorera de las gracias diciéndole siempre con San Juan Damasceno: ¡Oh Madre de Dios!, abridnos las puertas de vuestra misericordia rogando siempre por nosotros, pues vuestros ruegos son la salvación de todos los hombres. Recurriendo a María será mejor suplicarla que ruegue por nosotros y nos alcance aquellas gracias que conozca sean más convenientes para nuestra salvación, como lo hizo fray Reginaldo Dominicano, según se refiere en las crónicas de la Orden⁴¹. Estando enfermo este siervo de María y pidiéndole la gracia de la salud corporal, se le apareció la Virgen acompañada de Santa Cecilia y Santa Catalina, y le dijo con la mayor dulzura: “Hijo, ¿qué quieres que yo haga por ti?” Confuso el religioso al oír tan cortés ofrecimiento de la Virgen, no sabía qué responder. Entonces una de las dos Santas le dio este consejo: “Reginaldo, ¿sabes lo que debes hacer? No pidas nada, y ponte enteramente en sus manos, porque María sabrá hacerte una gracia mejor que la que tú sepas pedirle.” Habiendo seguido el enfermo su consejo, la divina Madre le alcanzó la gracia de la salud.

Si nosotros deseamos también ser visitados por esta Reina del cielo, será de mucho provecho que la visitemos también con frecuencia rogando delante de una imagen suya o en alguna iglesia que le esté dedicada.

⁴⁰ De Exc. Virg. c. 6.

⁴¹ Lib. I, p. I, cap. 5.

Léase el siguiente ejemplo y se conocerá con qué especiales favores Ella recompensa las devotas visitas de sus siervos.

EJEMPLO

En las crónicas de la Orden de San Francisco se lee que yendo dos religiosos de la misma a visitar un santuario de la Virgen se les hizo de noche cuando se hallaban en medio de un espeso bosque; por lo que confusos y afligidos no sabían qué hacerse. Pero adelantándose un poco más les pareció que entre la oscuridad divisaban una casa. Llegan a ella, tientan las paredes, buscan la puerta, llaman, y oyen que desde dentro les preguntan: “¿Quién es?” Contestaron que eran dos pobres religiosos perdidos aquella noche por el bosque, y que pedían les albergasen a lo menos para no ser devorados por los lobos. Y he aquí que luego oyen abrir la puerta y ven dos pajes ricamente vestidos que les recibieron con gran cortesía. Los religiosos preguntaron quién habitaba aquel palacio. Los pajes contestaron que vivía allí una señora muy piadosa. “Desearíamos saludarla —dijeron ellos— y darle gracias por habernos acogido.” “Vamos luego allá —respondieron los pajes—, porque ella también quiere hablarlos.” Suben la escalera, encuentran las habitaciones todas iluminadas, adornadas elegantemente, y se percibía en ellas un olor que parecía celestial. Finalmente entran a donde se hallaba la dueña de la casa, y hallan una señora majestuosa y hermosísima, la cual les acogió con la mayor benignidad, y después les preguntó a dónde se dirigían. Ellos contestaron que iban a visitar una iglesia de la biena-

venturada Virgen. “Siendo, pues, así —dijo la señora—, cuando partáis quiero daros una carta mía que os será muy útil.” Y mientras aquella señora les hablaba, sentíanse inflamados en el amor de Dios, experimentando una alegría que nunca habían probado. Fueron después a dormir, si en realidad pudieron conciliar el sueño en medio de tanto gozo, y a la mañana se presentaron otra vez a la señora para despedirse de ella, darle gracias y tomar al mismo tiempo la carta que afectuosamente recibieron, y se marcharon. Mas, no bien habían salido de la casa, advirtieron que la carta no tenía sobre escrito, por lo que retroceden, registran, y ya no encuentran la casa. Finalmente, abren la carta para ver a quién iba dirigida y enterarse de su contenido, encuentra en ella que María santísima les escribía a ellos mismos, y les daba a entender que Ella era la señora que habían visto aquella noche, y que por la devoción que le tenían les había proveído de casa y hospedaje en aquel bosque; que continuasen sirviéndola y amándola, que Ella les recompensaría siempre con sus obsequios, y les socorrería en la vida y en la muerte. Y al pie de la carta leyeron la firma que decía: “Yo, María Virgen.” Considere aquí cada uno qué gracias más expresivas no tributarían aquellos buenos religiosos a la divina Madre, y cuánto más vehemente fue su deseo de amarla y servirla durante toda su vida.

ORACIÓN

Virgen Inmaculada y bendita, siendo la dispensadora universal de todas las divinas gracias, sois también la esperanza de todos y la mía. Doy siempre

gracias a mi Señor, que me ha dado a conocer, y que me ha enseñado el medio que he de adoptar para alcanzar las gracias y salvarme. Este medio sois Vos, oh poderosa Madre de Dios, pues no ignoro que principalmente por los méritos de Jesucristo, y después por vuestra intercesión, he de salvarme. ¡Ah Reina mía! Vos que fuisteis tan diligente en visitar y santificar con vuestra presencia la casa de Isabel, dignaos visitar luego la pobre casa de mi alma. Apresuraos, pues Vos sabéis mejor que yo cuánto lo necesito, y cuán enferma se halla de una infinidad de males, de afectos desordenados, de costumbres perniciosas y de pecados cometidos, todos males contagiosos que pudieran conducirla a la muerte eterna. Vos podéis enriquecerla, oh tesorera de Dios, y curarla de todas sus dolencias. Visitadme, pues, en vida, y después especialmente en la hora de la muerte, porque entonces necesitaré más de vuestra asistencia. No pretendo ni soy digno de que Vos me visitéis en este mundo con vuestra presencia visible, como lo habéis hecho con tantos siervos vuestros, pero siervos que no eran indignos ni ingratos como yo soy: me contento con veros después en vuestro reino del cielo, para amaros allí aún más, y daros gracias por todo el bien que me habéis hecho. Ahora me limito a pedir que me visitéis con vuestra misericordia: me basta que roguéis por mí.

Rogad, pues, oh María, y recomendadme a vuestro Hijo. Vos conocéis mejor que yo mis miserias y mis necesidades. ¿Qué puedo deciros más? Compadeceos de mí. Soy tan miserable e ignorante, que ni siquiera sé conocer ni pedir las gracias que más necesito. Reina y

Madre mía dulcísima, pedid por mí y alcanzadme de vuestro Hijo aquellas gracias que sabéis me son mas útiles y necesarias para mi alma. Me entrego enteramente en vuestras manos, y ruego tan sólo a la divina Majestad que por los méritos de mi Salvador Jesús me conceda aquellas gracias que Vos solicitáis por mí. Pedid, pedid, pues, por mí, oh Virgen santísima, lo que creáis más conveniente. Vuestros ruegos son siempre atendidos, son ruegos de Madre a un Hijo que tanto os ama, y se complace en hacer todo lo que le pedís, a fin de honraros más y manifestaros al mismo tiempo el grande amor que os profesa. Señora, así quedamos convenidos. Yo pongo en Vos mi confianza. Vos por vuestra parte habéis de pensar en salvarme. Amén.

DISCURSO VI

DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

El gran sacrificio que María hizo a Dios en este día ofreciéndole la vida de su Hijo.

En el nacimiento de los hijos primogénitos debían observarse dos preceptos en la ley antigua. El primero consistía en que la madre, como inmundada, permaneciese retirada en casa por espacio de cuarenta días, después de los cuales fuese a purificarse en el templo; el otro en que los padres del primogénito le llevasen al templo y allí le ofreciesen a Dios. En este día la santísima Virgen quiso obedecer ambos preceptos, pues aun cuando no estaba obligada a la ley de la

purificación, por haber sido siempre Virgen y siempre pura, sin embargo, por amor a la humildad y a la obediencia, quiso ir a purificarse como las otras madres. Después obedeció el segundo precepto de presentarse y ofrecer el Hijo al eterno Padre. “Y habiéndose cumplido el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, llevaron el Niño a Jerusalén para presentarle al Señor”¹. Pero la Virgen le ofreció de un modo diferente del que las otras madres ofrecían a sus hijos. Estas sabían que el verificarlo era sólo una simple ceremonia de la ley, de modo que al redimirles se los apropiaban sin temor de haberlos de ofrecer ya a la muerte. María ofreció el Hijo a la muerte realmente y con la certeza de que el sacrificio de la vida de Jesús, que Ella hizo entonces, debía consumarse sobre el altar de la cruz, de modo que ofreciendo María la vida del Hijo, por el amor que le tenía llegó a sacrificarse Ella misma enteramente a Dios. Prescindiendo, pues, de todas las otras consideraciones que pudiéramos hacer sobre muchos misterios de esta festividad, consideremos solamente cuán grande fue el sacrificio que hizo María de sí a Dios, ofreciéndole en este día la vida de su Hijo. Y éste será el único asunto del presente discurso.

El eterno Padre había determinado ya salvar al hombre perdido por la culpa, y librarle de la muerte eterna; pero porque exigía al mismo tiempo que su divina justicia no quedase sin la condigna y debida satisfacción, no perdonando la vida de su mismo Hijo,

¹ Luc. II, 22.

que se había ya encarnado para redimir a los hombres, quiso que pagase con todo rigor la pena que éstos habían merecido². Con este objeto le envió a la tierra para hacerse hombre, le destinó una Madre, y quiso que ésta fuese la Virgen María; mas así como no quiso que sin su expreso consentimiento el Verbo divino se hiciese Hijo suyo, así tampoco quiso que Jesús sacrificase su vida por la salud de los hombres sin que María consintiese también en ello, a fin de que juntamente con el sacrificio de la vida del Hijo fuese sacrificado también el corazón de la Madre. Santo Tomás enseña que el carácter de madre da un derecho especial sobre los hijos; por lo que siendo Jesús de suyo inocente, y no habiendo merecido por su culpa ningún suplicio, parecía conveniente que no fuese destinado a la cruz para víctima de los pecados del mundo, sin el consentimiento de su Madre, que le ofreciese voluntariamente a la muerte.

Pero, aunque María desde el momento que fue hecha Madre de Jesús consintió en su muerte, quiso sin embargo el Señor que en este día hiciese Ella en el templo el sacrificio de su preciosa vida a la divina justicia. Por esto San Epifanio la llamó sacerdote³. Veamos, pues, cuánto dolor le costó este sacrificio, y qué heroica virtud tuvo que ejercitar, debiendo firmar Ella misma la sentencia de muerte de su querido Jesús.

María se encamina a Jerusalén para ofrecer a su Hijo, apresura los pasos hacia el lugar del sacrificio, y Ella misma lleva la víctima en sus brazos. Entra en el

² Rom. VIII, 32.

³ Or. de Laud. Deip.

templo, se acerca al altar y allí llena de modestia, humildad y devoción presenta su Hijo al Altísimo. En aquel momento San Simeón, a quien Dios había prometido que no moriría sin haber visto al Mesías deseado, toma el divino Niño de las manos de la Virgen, e iluminado del Espíritu Santo le anuncia cuánto había de costarle el sacrificio que entonces hacía de su Hijo, con el cual su alma bendita había también de ser sacrificada. Aquí Santo Tomás de Villanueva⁴ se representa al Santo viejo que al momento de anunciar la funesta noticia a esta pobre madre se turba y enmudece. Luego se figura a María que le pregunta: “¿Por qué os turbáis así, oh Simeón, en una ocasión para vos de tanto consuelo?” “Noble y santa Virgen — contesta el anciano —, no quisiera ser el profeta de nueva tan amarga para Vos; mas ya que así el Señor lo quiere para aumentar vuestro mérito, oíd mis palabras: Este Niño que ahora os causa tanta alegría, y con razón, ¡oh Dios!, algún día ha de haceros sentir el dolor más acerbo que jamás haya sufrido criatura alguna en el mundo, y será cuando le veréis perseguido de toda clase de gentes, y siendo en la tierra el blanco de los escarnios e injurias de los hombres, hasta hacerle morir ajusticiado delante de vuestros ojos. Sabed que después de este sacrificio habrá muchos Mártires que por amor de vuestro Hijo sufrirán los tormentos y la muerte; pero el martirio de éstos se limitará a su cuerpo, y el vuestro, oh divina Madre, os atravesará el corazón”⁵.

⁴ Serm. de Purific. Virg.

⁵ Loc. cit.

Sí, el corazón, porque sólo la compasión por las penas de este Hijo querido había de ser la espada de dolor que debía traspasar el corazón de la Madre, conforme lo vaticinó San Simeón⁶.

Estaba ya iluminada la santísima Virgen por las divinas Escrituras, como dice San Jerónimo, y sabía las penas que el Redentor había de sufrir en su vida, y aún más al tiempo de su muerte. Los Profetas le habían enseñado que sería entregado por un comensal suyo, como predijo David⁷, y abandonado de sus discípulos⁸. Sabía que sería despreciado, escupido, abofeteado y escarnecido de las gentes⁹; que llegaría a ser el oprobio de los hombres y el juguete de la plebe más vil, hasta llenarle de injurias y villanías¹⁰; que al fin de su vida sus carnes sacrosantas debían ser destrozadas por los azotes¹¹, en términos que su cuerpo había de verse todo desfigurado, cubierto de llagas como un leproso, hasta quedar sus huesos descubiertos¹². Ella sabía también que sería traspasado de los clavos, colocado entre malhechores¹³, y finalmente que pendiente de la cruz debía morir por la salvación de los hombres¹⁴.

Todas estas penas, digo, ya sabía María que debía sufrirlas el Hijo; pero, según el Señor reveló a Santa Teresa, en las palabras que le dijo Simeón: “Una

⁶ Luc. II, 35.

⁷ Ps. XL, 10.

⁸ Zacch. XIII, 7

⁹ Isai. L, 6.

¹⁰ Ps. XXI, 7.

¹¹ Isai. LIII, 5.

¹² Idem LIII, 3, 4

¹³ Idem LIII, 12.

¹⁴ Zacch. XII, 10.

espada de dolor traspasará tu alma”, le fueron manifestadas detalladamente todas las circunstancias de los dolores, tanto exteriores como interiores de la Pasión de Jesús. Y Ella consiente en todo, y con un valor que admira a los Angeles, pronuncia la sentencia para que muera su Hijo, y en un suplicio tan cruel e ignominioso, diciendo: “Padre eterno, pues que Vos así lo queréis, *uno a vuestra santa voluntad la mía*, y os sacrifico mi Hijo; estoy contenta que pierda la vida por vuestra gloria y por la salvación del mundo. Con él os sacrifico también mi corazón, traspáselo el dolor cuanto os plazca, pues me basta, Dios mío, que Vos seais glorificado y satisfecho. No se haga mi voluntad, sino la tuya. ¡Oh caridad inmensa! ¡oh constancia sin ejemplo! ¡oh victoria digna de la admiración eterna del cielo y de la tierra!”

Ved aquí por qué María en la Pasión de Jesús calló cuando le acusaban injustamente; nada dijo a Pilatos, que estaba inclinado a librarle porque conocía que era inocente, sino que solamente se presentó en público para asistir al grande sacrificio que debía efectuarse en el Calvario; Ella le acompañó al lugar del suplicio; le asistió desde el instante en que fue puesto en la cruz, hasta que le vio espirar y quedó consumado el sacrificio. Todo para cumplir la ofrenda que Ella misma había hecho a Dios en el templo.

Para comprender la violencia que María debió hacerse a sí misma en este sacrificio sería necesario comprender el amor que esta Madre profesaba a Jesús. Generalmente hablando, el amor de las madres hacia sus hijos es tan tierno que cuando éstos se hallan próximos a morir y ellas temen perderles olvidan todos

sus defectos, su fealdad y hasta las injurias que de ellos recibieron, experimentando un dolor inexplicable. Así sucede a pesar de que el amor de estas madres se halla dividido entre otros hijos u otras criaturas. María no tiene más que un Hijo, y éste es el más hermoso de todos los hijos de Adán; es amabilísimo, pues reúne todas las cualidades para ser amado; es obediente, virtuoso, inocente, santo; en una palabra, es Dios. De consiguiente, el amor de esta Madre no se halla dividido entre otros objetos. Ella ha puesto todo su amor en este solo Hijo, y a pesar de esto no teme amarle demasiado, porque este Hijo de Dios, que merece un amor infinito, es la víctima que Ella debe sacrificar voluntariamente a la muerte.

Considere, pues, cada uno de nosotros cuánto debió costarle a María, y qué firmeza de ánimo necesitó para inmolar en la cruz la vida de un Hijo tan amable. Si Ella es, pues, la Madre más afortunada como Madre de Dios, es también la Madre más digna de compasión, porque es la más llena de aflicción como Madre de un Hijo que sabía estaba destinado al suplicio desde el día en que le fue dado por Hijo. ¿Qué madre aceptaría un hijo sabiendo que después había de perderle miserablemente con una muerte infame y presenciar su suplicio? María acepta voluntariamente este Hijo con tan dura condición, y no tan sólo le acepta, sino que Ella misma en este día le ofrece con sus propias manos a la muerte, sacrificándole a la divina justicia. San Buenaventura dice que la bienaventurada Virgen hubiera aceptado mucho más gustosa para sí las penas y la muerte del Hijo, pero que para obedecer a Dios hizo la grande ofrenda de la vida

divina de su querido Jesús, sofocando, pero con un dolor inmenso, toda la ternura del amor que le tenía¹⁵. Así es que en esta ofrenda María tuvo que hacerse más violencia, y fue más generosa que si Ella misma se hubiese ofrecido para todo lo que debía padecer el Hijo. Entonces aventajó en generosidad a todos los Mártires, pues éstos ofrecieron su vida; pero la Virgen ofreció la del Hijo, que amaba y apreciaba infinitamente más que la suya propia.

No terminó aquí la pena de esta dolorosa ofrenda, sino que aquí empezó; pues desde entonces y durante toda la vida del Hijo, María tuvo delante de los ojos la muerte y todos los dolores a que debía sucumbir. Por esto cuanto más hermoso, gracioso y amable se iba haciendo a sus ojos este Hijo suyo, tanto más se aumentaba la angustia de su corazón. ¡Ah Madre afligida!, si Vos hubieseis amado menos a vuestro Hijo, o vuestro Hijo hubiese sido menos amable o no os hubiera amado tanto, sin duda hubiera sido mucho menor vuestra pena al ofrecerle a la muerte. Mas no hubo ni habrá nunca una madre más amante que Vos de su Hijo, porque no ha habido ni habrá jamás un hijo más amante y más amado de la madre que vuestro Jesús. ¡Oh Dios mío!, si hubiésemos visto la belleza, la majestad del rostro de aquel divino Niño, ¿hubiéramos acaso tenido valor de sacrificar su vida por nuestra salud? Y Vos, oh María, que sois su Madre, y Madre que tanto le amasteis, no vacilasteis en ofrecer a vuestro inocente Hijo por la salvación de los hombres

¹⁵ In p. l. Dist. 48, q. 2.

a una muerte la más dolorosa y cruel que jamás haya sufrido reo alguno sobre la tierra.

¡Ay de mí, desde aquel día en adelante, qué cuadro tan funesto pondría continuamente el amor delante de los ojos de María, representándole todos los tormentos y escarnios que había de sufrir su pobre Hijo! El amor ya se lo representó agonizando de tristeza en el huerto, despedazado de los azotes y coronado de espinas en el Pretorio, clavado en fin en un ignominioso leño sobre el Calvario. ¡He aquí, oh Madre, decía el amor, a qué tormentos y a qué muerte tan terrible ofreces un Hijo tan amable e inocente! ¿De qué sirve librarle de las manos de Herodes si ha de reservarse para un fin tan digno de compasión?

Así pues, María no ofreció solamente en el templo su Hijo a la muerte, sino en cada momento de su vida; pues Ella reveló a Santa Brigida que el dolor que le anunció San Simeón no se apartó jamás de su corazón hasta que fue elevada al cielo.

De aquí es que San Anselmo le dice: “Señora, no puedo creer que hubieseis podido vivir un solo instante con tan grande dolor, si el mismo Dios que da la vida no os hubiese confortado con su virtud divina.” Y San Bernardo hablando de la grande tristeza que María sufrió en este día dice que desde entonces en adelante vivía muriendo cada instante, porque a cada momento la asaltaba el dolor de la muerte de su amado Jesús, dolor más cruel que la misma muerte.

Por esto igualmente en razón al grande mérito que la divina Madre adquirió en este grande sacrificio que ofreció a Dios por la salvación del mundo, San Agustín la llama justamente la reparadora del género huma-

no¹⁶; San Epifanio, la redentora de los esclavos¹⁷; San Ildefonso, la reparadora del mundo perdido¹⁸; San Germán, el remedio de nuestras desgracias¹⁹; San Ambrosio, la Madre de todos los fieles²⁰; San Agustín, la Madre de los vivientes²¹, y San Andrés Cretense, la Madre de la vida²². Pues Arnoldo Carnotense dice: "En la muerte de Jesús María unió su voluntad a la del Hijo, de manera que ambos ofrecieron un mismo sacrificio, y por esto dice el santo Abad que tanto el Hijo como la Madre obraron la humana redención alcanzando la salvación a los hombres; Jesús satisfaciendo por nuestros pecados, María impetrando que nos fuese aplicada esta satisfacción"²³. Y por esto afirma también San Dionisio Cartujano que la divina Madre puede llamarse Salvadora del mundo, pues por la pena que sufrió en los tormentos del Hijo, sacrificado voluntariamente por Ella a la divina justicia, alcanzó que los méritos del Redentor fuesen aplicados a los hombres.

Habiendo sido, pues, María, por el mérito de sus dolores y de la ofrenda de su Hijo, Madre de todos los redimidos, es justo creer que sólo por su mano dé a éstos la leche de las divinas gracias, que son los frutos de los méritos de Jesucristo y los medios para alcanzar

¹⁶ De Fide ad Patr.

¹⁷ De Laud. Virg.

¹⁸ Serm. 1 de Ass.

¹⁹ In Exc. Virg.

²⁰ Ap. S. Bon. Spec. cap. 20.

²¹ Serm. 2 de Ass.

²² Hom. 2 de Ass.

²³ Tr. de Laud. Virg.

la vida eterna. Y a esto alude lo que dice San Bernardo, que Dios ha colocado en manos de María todo el precio de nuestra redención²⁴; con lo que quiere decir el Santo que por medio de la intercesión de la bienaventurada Virgen los méritos del Redentor se aplican a las almas, porque su mano se dispensan las gracias, que son el precio de los méritos de Jesucristo.

Y si Dios agradeció tanto el sacrificio de Abraham, por haberle ofrecido a su hijo Isaac, hasta prometerle en recompensa que multiplicaría sus descendientes como las estrellas del cielo²⁵, debemos ciertamente creer que el Señor agradeció infinitamente más el sacrificio de mayor consideración que María le hizo de su Jesús; y que por esto se le haya concedido que por medio de sus ruegos se multiplique el número de los elegidos, esto es, la dichosa estirpe de sus hijos, que por tales María tiene y protege a todos sus devotos.

Dios prometió a San Simeón que no moriría sin haber visto nacer al Mesías²⁶; pero esta gracia no la recibió sino por medio de María, pues no vio al Salvador sino en los brazos de la Virgen. Por lo que el que quiera hallar a Jesús no le encontrará sino por medio de María. Acudamos, pues, a esta divina Madre si queremos hallar a Jesús; y acudamos con gran confianza. María declaró a su sierva Prudenciana Zagnoni²⁷ que todos los años en el día de la Purificación, se ejercería un grande acto de misericordia a favor

²⁴ Serm. de Aquaed.

²⁵ Gen. XXII. 16. 17.

²⁶ Luc. II. 26.

²⁷ Ap. Marc.

de un pecador. ¿Quién sabe si tal vez alguno de nosotros será hoy este mortal afortunado? Si son grandes nuestros pecados, el poder de María es más grande aún. “El Hijo — dice San Bernardo — no sabe negar nada a esta Madre”²⁸. Si Jesús está indignado contra nosotros, María luego le aplaca. Plutarco refiere que habiendo escrito Antipatro una larga carta a Alejandro Magno llena de acusaciones contra Olimpia, madre del mismo Alejandro, después de haberla éste leído le contestó: “¿Por ventura ignora Antipatro que una sola lágrima de mi madre basta para borrar infinitas cartas de acusaciones?”²⁹ Del mismo modo debemos figurarnos que responde Jesús a las acusaciones que el demonio le presenta contra nosotros, cuando María intercede a nuestro favor. ¿Ignoras acaso, Lucifer, que una súplica de mi Madre a favor de un pecador es suficiente para hacerme olvidar de todas las acusaciones de las ofensas que me haya hecho? He aquí en corroboración de esto el siguiente

EJEMPLO

Este ejemplo no se halla insertado en ningún libro; pero me lo refirió un sacerdote compañero mío a quien pasó el hecho. Mientras él estaba confesando en una iglesia (se calla el país por motivos de conveniencia, aunque el penitente le dio licencia para publicar el suceso), se le puso a los pies un joven que parecía

²⁸ De Aquaed.

²⁹ Plut. in Alex.

estaba incierto si se confesaría o no. Habiéndole mirado muchas veces el padre, le preguntó al fin si quería confesarse; respondió que sí; pero debiendo ser la confesión muy larga, el confesor le condujo a una estancia retirada. Allí empezó a decir el penitente que él era forastero y noble, pero que no sabía cómo Dios le pudiese perdonar habiendo llevado una vida tan depravada. A más de los innumerables pecados que había cometido contra la castidad, homicidios y otros, declaró que, desesperando de su salvación, había continuado en su mala vida, no tanto para satisfacer sus pasiones, cuanto para ofender a Dios, y por el odio que le tenía. Entre otras cosas dijo que llevaba encima un Crucifijo al que había arrojado por desprecio; que poco antes, aquella misma mañana, había ido a comulgar sacrilegamente, con el objeto de pisar luego la hostia consagrada, y que habiendo recibido la sagrada forma quería ejecutar su horrible designio, pero que no lo había realizado por habérselo impedido la gente que le miraba; y entregó entonces al sacerdote la hostia envuelta en un papel. Refirió después que pasando por delante de aquella iglesia se había sentido fuertemente impulsado para entrar en ella, y que no pudiendo resistirlo había entrado. Que después había experimentado un gran remordimiento de conciencia, con cierta voluntad de confesarse, y que hallándose confuso e indeciso se había colocado delante del confesonario; pero que era tanta su confusión y desconfianza, que se hubiera ido, a no haberse sentido como detenido por fuerza, hasta que añadió: "Vos, padre mío, me habéis llamado. Ahora me veo aquí, voy a confesarme, pero no sé cómo." Preguntóle

entonces el padre si durante aquel tiempo había practicado alguna devoción, principalmente hacia María santísima, pues tales conversiones no pueden proceder sino de las poderosas manos de la Virgen. “Ninguna, padre —contestó el joven—. ¿Qué devoción había de practicar, si ya me creía condenado?” “Recuérdalo mejor”, replicó el padre. “Ninguna, padre”, dijo el penitente; mas al ponerse la mano en el pecho se acordó de que allí tenía el escapulario de la Virgen de los Dolores. “¡Ah hijo mío! —exclamó entonces el confesor—, ¿no ves que esta gracia te viene de María? Has de saber —añadió— que esta iglesia se halla consagrada a la Virgen Santísima.” Al oír esto el joven se enterneció, empezó a compungirse y a llorar, y continuando luego la confesión de sus pecados se aumentó de tal modo su sentimiento y su amargo llanto que cayó desmayado, al parecer, de dolor a los pies del padre, el cual le hizo volver en sí con aguas espirituosas, y él concluyó su confesión, recibió la absolución con inefable consuelo y después, contrito y decidido a mudar de vida, regresó a su patria, dando permiso a su confesor para referir y publicar por todas partes la gran misericordia que María con él había usado.

ORACIÓN

¡Oh santa Madre de Dios y Madre mía María! Vos os interesasteis, pues, por mi salvación hasta entregar a la muerte el objeto más querido de vuestro corazón, a vuestro adorado Jesús. Si tanto deseasteis, pues, mi salvación, justo es que después de Dios ponga en Vos todas mis esperanzas. ¡Oh Virgen bendita!, sí, confío

enteramente en Vos. Por los méritos del gran sacrificio de la vida de vuestro Hijo, que en este día ofrecisteis a Dios, rogadle que tenga piedad de mi alma, por la cual este Cordero sin mancha no rehusó morir en la cruz.

Quisiera también, Reina mía, ofrecer a Dios mi pobre corazón, a imitación vuestra, pero temo que no le rehúse viéndole tan manchado y corrompido; mas si Vos se lo ofrecéis no lo desechará. Las ofrendas presentadas por vuestras purísimas manos las agradece y acepta. A Vos, pues, oh María, hoy me presento abismado en mi miseria, y a Vos me entrego enteramente. Ofrecedme como cosa que os pertenece al eterno Padre, juntamente con Jesús, y rogadle que por los méritos del Hijo y los vuestros me acepte y reciba por suyo. ¡Ah Madre mía dulcísima!, por amor de este Hijo sacrificado, ayudadme siempre y no me abandonéis. No permitáis que a este mi amabilísimo Redentor que hoy ofrecéis con tanto dolor a la cruz le pierda yo algún día por mis pecados. Decidle que soy vuestra sierva; decidle que he puesto en Vos toda mi esperanza; en una palabra, decidle que Vos queréis que yo me salve, que El ciertamente os oirá. Amén.

DISCURSO VII

DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

En este día la Iglesia se propone celebrar dos solemnidades en honor de María, a saber, una que tiene por objeto su feliz tránsito o salida de este mundo, y la otra su gloriosa Asunción al cielo. En el presente

discurso trataremos de su muerte, y en el siguiente de su Asunción.

Cuán preciosa fue la muerte de María. 1.º Por las prerrogativas que la acompañaron. 2.º Por el modo con que sucedió.

Siendo la muerte pena del pecado, parecía que la divina Madre, siendo santa y hallándose exenta de toda culpa, no debía estar sujeta a la muerte ni sufrir la misma suerte que los hijos de Adán inficionados del veneno del pecado. Mas, sea que Dios quiso que María se asemejase en un todo a Jesús, y que habiendo muerto el Hijo convenía que a su vez muriese la Madre, sea porque plugó a Dios dar a los justos un ejemplo de la muerte preciosa que les tiene preparada, quiso que también muriese la Virgen, pero con una muerte dulce y dichosa. Examinemos, pues, cuán preciosa fue la muerte de María. 1.º Por las prerrogativas que la acompañaron. 2.º Por el modo con que sucedió.

PUNTO I

Comúnmente tres cosas hacen amarga la muerte: el apego a la tierra, el remordimiento de los pecados y la incertidumbre de la salvación. Pero la muerte de María estuvo del todo exenta de estas amarguras y acompañada de tres admirables prerrogativas que la hicieron preciosísima y dulce. Ella murió como había vivido, siempre enteramente desprendida de los bienes mundanos; murió con una perfecta paz de conciencia y con la certeza de la gloria eterna.

Y, en primer lugar, no hay duda que el apego a los bienes terrenos hace amarga y miserable la muerte de los mundanos, como dice el Espíritu Santo: “¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que vive en paz en medio de sus riquezas!”¹ Mas, muriendo los Santos desprendidos de las cosas del mundo, lejos de ser amarga su muerte, es dulce, amable y preciosa, esto es, como explica San Bernardo, digna de comprarse a todo precio: “Dichosos los muertos que mueren en el Señor”². ¿Y quiénes son éstos que mueren estando ya muertos? Son precisamente aquellas almas afortunadas que pasan a la eternidad, hallándose ya desprendidas y como muertas para todos los afectos de las cosas terrenas; habiendo hallado solamente en Dios todo su bien, como le había hallado San Francisco de Asís, que decía: “Dios mío y mi todo. Pero ¿qué alma hubo nunca más desprendida de las cosas del mundo y más unida a Dios como la hermosa alma de María? Estuvo desprendida de su familia, pues desde la edad de tres años en que las niñas están más unidas a sus padres y necesitan más de su auxilio, María les dejó con tanta resolución y fue a encerrarse en el templo para ocuparse exclusivamente en Dios. Estuvo desprendida de las riquezas, contentándose con vivir siempre pobre y sustentándose con el trabajo de sus manos; desprendida de los honores, amando la vida humilde y retirada, aunque le pertenecía el honor de ser Reina, por descender de los reyes de Israel. Ella misma reveló a Santa Isabel Benedictina

¹ Eccli. XLI, 1.

² Apoc. XIV, 13.

que cuando sus padres la dejaron en el templo resolvió en su corazón no tener otro padre ni amar otro bien que a Dios.”

San Juan vio figurada a María en aquella mujer vestida del sol, que tenía la luna debajo de sus pies³. Por la luna entienden los intérpretes los bienes de este mundo que son caducos y menguan como la luna. Todos estos bienes jamás María los tuvo en su corazón, antes bien los despreció siempre y tuvo debajo de sus pies, viviendo en este mundo como tórtola solitaria en un desierto sin poner afecto en cosa alguna, de modo que de ella se dijo: “El arrullo de la tórtola se ha oído en nuestros campos”⁴. Y en otro lugar: “¿Quién es esta que sube por el desierto?”⁵. Por lo cual dice Ruperto: “Así subsiste por el desierto, teniendo el alma solitaria.” Habiendo vivido, pues, María siempre desprendida de las cosas terrenas y solamente unida a Dios, no le era amarga la muerte, sino muy dulce y agradable, porque la unía más estrechamente a Dios con eterno vínculo en el cielo.

En segundo lugar, lo que hace preciosa la muerte de los justos es la paz de conciencia. Los pecados cometidos en vida son aquellos gusanos que más afligen y roen el corazón de los infelices pecadores moribundos, los cuales, debiendo entonces dentro de breve tiempo presentarse al divino tribunal, se ven rodeados en aquel momento de sus pecados que les amedrentan y gritan alrededor, como dice San Bernardo: “Somos

³ Apoc. XII, 1.

⁴ Cant. II, 12.

⁵ Id. III, 6.

obras tuyas, no te abandonaremos.” María no pudo ciertamente ser afligida en la hora de su muerte por remordimiento alguno de conciencia, porque fue siempre santa, siempre pura y siempre exenta de toda sombra de culpa actual y original, por lo cual de Ella se dijo: “Toda tú eres hermosa, en ti no hay defecto alguno”⁶. Desde que tuvo el uso de la razón, esto es, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción en el vientre de Santa Ana, empezó a amar con todas sus fuerzas a su Dios, y prosiguió haciéndolo así, adelantando siempre en la perfección y en el amor durante su vida. Todos sus pensamientos, sus deseos y sus afectos sólo fueron de Dios; no profirió palabra, no hizo movimiento, no dirigió mirada ni respiro que no fuese por Dios y por su gloria, sin separarse ni olvidarse jamás un momento del amor divino. ¡Ah!, en la hora feliz de su muerte, su bienaventurado lecho rodeado de todas las bellas virtudes que practicó en vida, aquella fe tan constante, aquella confianza en Dios tan amorosa, aquella paciencia tan fuerte en medio de tantas penas, aquella mansedumbre, aquella piedad hacia las almas, aquel celo infatigable por la gloria divina y sobre todo aquel perfecto amor de Dios y aquella completa sumisión a su voluntad; todas estas virtudes la rodearon y consolaron diciéndole: “Somos obras tuyas, no te dejaremos.” Señora y Madre nuestra, todas nosotras somos hijas de vuestro hermoso corazón; ahora que dejáis esta miserable vida, nosotras no queremos abandonaros, iremos también a formar un eterno cortejo honrándoos en el cielo, en donde Vos

⁶ Cant. IV, 7.

por nuestro medio habéis de ser Reina de todos los hombres y de todos los Angeles.

En tercer lugar, la certeza de la salvación eterna dulcifica la muerte. Esta se llama tránsito, porque se pasa de una vida breve a una vida eterna. Por lo que, así como es muy grande el miedo de aquellos que mueren inciertos de su salvación y se acercan al momento supremo con justo temor de pasar a una muerte eterna; así, al contrario, es muy grande la alegría de los Santos al terminar la vida, con la esperanza casi cierta de ir a poseer a Dios en el cielo. Una religiosa de Santa Teresa, a quien el médico anunció la proximidad de su muerte, tuvo tanta alegría que quedó admirada de que le diese tan feliz noticia, sin pedirle por ello ninguna recompensa. Hallándose San Lorenzo Justiniano en el trance de la muerte, y viendo a los de su familia que lloraban a su alrededor, les dijo: "Id a otra parte a llorar; si queréis permanecer aquí conmigo habéis de alegraros como me alegro yo de ver que va a abrirseme la puerta del cielo para unirme con mi Dios." San Pedro de Alcántara, San Luis Gonzaga y muchos otros Santos, al recibir la noticia de su muerte, dieron voces de júbilo; y, sin embargo, éstos no tenían la seguridad de alcanzar la divina gracia, ni estaban ciertos de su propia santidad, como lo estaba María. Pero ¿qué alegría debió experimentar la divina Madre al oír la noticia de su muerte, teniendo la certeza de gozar de la divina gracia, especialmente después que el arcángel San Gabriel le aseguró que estaba llena de ella y que poseía a Dios? Ella sabía muy bien que su corazón se abrasaba continuamente en el amor divino, de modo que, según San Bernardino de Bustos, María, por un

privilegio especial no concedido a ningún otro Santo, amaba y estaba actualmente amando a Dios en todos los instantes de su vida, y con tanto ardor que, como dice San Bernardo, se necesitó un milagro continuo para que pudiese vivir en medio de tantas llamas.

En los sagrados Cantares ya se dijo de María: “¿Quién es esta que sube por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes, de mirra y de incienso y de toda clase de aromas?”⁷ Su total mortificación figurada en la mirra, sus fervorosas oraciones significadas en el incienso, y todas sus santas virtudes unidas a su perfecto amor de Dios, encendían en Ella una llama tan intensa que, según escribió Ruperto, su hermosa alma, sacrificada y consumida por el amor, se elevaba continuamente a Dios como una columnita de perfumes, que por todas partes exhalaba suavísimo olor. Y Eustaquio añade con mayor expresión: “Y cual vivió la amante Virgen, tal murió. Así como el amor divino le dio la vida, así le dio la muerte, falleciendo, como comúnmente dicen los Doctores y los Santos Padres, no de ninguna enfermedad, sino por efecto del puro amor.”

PUNTO II

Veamos ahora cómo sucedió su bienaventurada muerte. Después de la Ascensión de Jesucristo María quedó en la tierra para cuidar de la propagación de la fe. Por lo que los discípulos de Jesucristo acudían a Ella, que les resolvía las dudas, les confortaba en la

⁷ Cant. III, 6.

persecuciones y les animaba a trabajar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas redimidas. María accedió gustosa a permanecer en la tierra, conociendo que esta era la voluntad de Dios para bien de la Iglesia; sin embargo, no podía dejar de sentir la pena de verse privada de la presencia de su querido Hijo que se había subido al cielo. “En donde alguno cree que se halla su tesoro y su contento —dijo el Redentor—, allí se dirigen siempre su amor y los deseos de su corazón”⁸. No teniendo, pues, María otro bien que Jesús que se hallaba en el cielo, allí dirigía todos sus deseos. “La celda de María fue el cielo”, escribió Taulero⁹, porque hacía de él su continua morada con el afecto: “su escuela fue la eternidad”, desprendida siempre de los bienes temporales: “su ayo, la divina Verdad”, obrando siempre con la luz divina: “su espejo, la Divinidad”, porque solamente miraba a Dios para conformarse con su voluntad, y estaba dispuesta siempre a hacer lo que fuere de su agrado: “su adorno, la devoción”, pues toda pertenecía al Señor. En una palabra, “el lugar y tesoro de su corazón únicamente era Dios”. Ella procuraba consolar su corazón enamorado de tan dura ausencia recorriendo, según se refiere, los Santos Lugares de la Palestina, en donde el Hijo había estado durante su vida; visitaba con frecuencia ya el establo de Belén, en donde el Hijo había nacido; ya el taller de Nazareth, en que el Hijo había vivido muchos años en la pobreza y en el desprecio; ya el huerto de Gethsemaní, en donde

⁸ Luc. XII, 34.

⁹ Serm. de Nat. Virg. Mar.

comenzó su pasión; ya el pretorio de Pilatos, en donde fue azotado; ya el lugar donde fue coronado de espinas; pero más a menudo visitaba el Calvario en donde el Hijo expiró, y el Santo Sepulcro en donde depositó al fin su cuerpo. De este modo la tierna Madre procuraba aliviar la pena en su duro destierro; pero esto no bastaba para satisfacer su corazón, que no podía hallar su perfecto sosiego en este mundo, por lo que suspiraba incesantemente hacia su Señor, exclamando con David, pero con amor más ardiente: “¿Quién me diera las alas de la paloma para volar hacia mi Dios y hallar allí mi reposo?”¹⁰ Como el ciervo herido desea la fuente, así mi alma herida de vuestro amor, oh Dios mío, os desea y suspira por Vos¹¹. ¡Ah! los suspiros de esta santa tortolilla no podían dejar de penetrar en el corazón de su Dios, que tanto la amaba; por lo que no queriendo El diferir por más tiempo el consuelo a su amada, oye sus deseos y la llama a su reino.

Refieren Cedreno¹², Nicéforo¹³ y Metafraste¹⁴ que el Señor, algunos días antes de la muerte, le envió el Ángel San Gabriel, el mismo que le había anunciado en otro tiempo que Ella era la mujer bendita y escogida para Madre de Dios. “Señora y Reina mía —la dijo el Ángel—, Dios ha oído ya vuestros santos deseos, me ha enviado a deciros que os preparéis a dejar la tierra, porque El os quiere consigo en el cielo. Venid, pues, a tomar posesión de vuestro reino, porque yo y todos sus

¹⁰ Ps. LIV, 7.

¹¹ Ps. XLI, 2.

¹² Comp. hist.

¹³ L. 2, c. 12.

¹⁴ Ord. de Dormit. Mar.

santos ciudadanos os esperamos y deseamos.” ¿Qué haría al oír tan feliz anuncio nuestra humildísima y santa Virgen sino abismarse mucho más en su humildad y repetir aquellas mismas palabras que contestó a San Gabriel cuando le anunció la divina maternidad? “He aquí la esclava del Señor; El por su mera bondad me ha elegido y hecho su Madre, ahora me llama al cielo. Yo no merecía ninguna de estas honras, mas ya que El quiere manifestar conmigo su infinita liberalidad, estoy dispuesta para ir a donde El quiera; cúmplase siempre en mí la voluntad de mi Dios y Señor.”

Después de haber recibido este deseado aviso, lo participó a San Juan, quien podemos considerar con cuánto dolor y ternura lo oiría, cuando habiéndola asistido tantos años como hijo había ya disfrutado la celestial conversación de esta santísima Madre. Ella visitó después los Santos Lugares de Jerusalén despidiéndose tiernamente de ellos, en particular del Calvario en donde expiró su amado hijo, y luego se retiró a su pobre casa a prepararse para la muerte. Entre tanto no dejaban de ir con frecuencia los Angeles a saludar a su amada Reina, consolándose con saber que pronto la verían coronada en el cielo. Muchos autores refieren¹⁵ que antes de morir se juntaron milagrosamente los Apóstoles y también parte de los discípulos, que acudieron de diversas partes donde se hallaban dispersos, y todos se reunieron en la habitación de María; por lo que viendo allí en su presencia a aquellos amados hijos les habló de este modo: “Queridos

¹⁵ S. Andr. Cret. Or. de Dorm. Deip. Damascen. de Dorm. Deip. Euthim. l. 3 Hist. c. 40.

míos, mi Hijo me dejó por vuestro amor y para que os ayudase. La santa fe se halla ya ahora difundida por el mundo; el fruto de la divina semilla ya ha crecido; por lo que viendo mi Señor que mi asistencia ya no es necesaria en la tierra, y compadeciéndose de la pena que me causa su ausencia, ha oído mis deseos de salir de esta vida y de ir a verle en el cielo. Quedaos, pues, vosotros a trabajar por su gloria. Aunque yo os deje, no os deja mi corazón; llevaré y estará siempre conmigo el grande amor que os profeso. Voy al cielo a rogar por vosotros.” Al oír tan dolorosa nueva, ¿quién podrá comprender jamás cuáles serían las lágrimas y los lamentos de aquellos santos discípulos, pensando que dentro de poco habían de separarse de su Madre? ¡Oh María, dirían todos ellos llorando, oh María, ya queréis dejarnos!, es verdad que este mundo no es un lugar digno y propio de Vos, y que nosotros no merecemos gozar la compañía de una Madre de Dios; pero acordaos que Vos sois nuestra Madre, que habéis sido nuestra maestra en las dudas, la consoladora en las angustias, nuestra fortaleza en las persecuciones, ¿y cómo podréis ahora abandonarnos, dejándonos solos sin vuestro consuelo en medio de tantos enemigos y de tantos combates? Perdimos en la tierra a nuestro Maestro y Padre Jesús, el cual se subió al cielo, y durante este tiempo Vos, Madre nuestra, habéis sido nuestro consuelo. ¿Cómo podéis Vos también dejarnos huérfanos de Padre y Madre? Señora nuestra, o quedaos con nosotros, o llevadnos en vuestra compañía. Así habla San Juan Damasceno¹⁶. No, hijos míos, continuó di-

¹⁶ Orat. de Ass. Virg.

ciendo la amorosa Reina, no es tal la voluntad de Dios: conformaos con lo que El tiene dispuesto de mí y de vosotros. Aún os queda que trabajar en la tierra para gloria de vuestro Redentor y para concluir vuestra eterna corona. Yo no os dejo abandonados, sino para ayudaros aún más con mi intercesión cerca de Dios en el cielo. Quedad contentos. Os recomiendo la santa Iglesia y las almas redimidas; sea éste mi último adiós y el único recuerdo que os deje: hacedlo si me amáis: trabajad por las almas y por la gloria de mi Hijo, porque algún día nos veremos otra vez juntos en el cielo, para no separarnos en toda la eternidad.

Después les suplicó que sepultasen su cuerpo seguida su muerte, y les bendijo; ordenó a San Juan, como refiere el Damasceno, que diese dos vestidos a dos doncellas que la habían servido durante algún tiempo¹⁷. Y después se arregló decentemente sobre su pobre camilla, en la que aguardó ansiosa la muerte, y con ella el ir al encuentro del divino Esposo, que luego debía ir a llevársela para conducirla al cielo. Mas he aquí que siente ya en el corazón un júbilo extraordinario por la llegada del Esposo, que la llena toda de una inmensa y nueva dulzura. Viendo los santos Apóstoles que María se hallaba próxima a partir de este mundo, renovando las lágrimas, se postraron todos en torno de su cama: unos la besaban sus santos pies, otros la pedían su especial bendición, otros la encomendaban alguna necesidad particular, y llorando todos amargamente sentíanse traspasados de dolor

¹⁷ Nicéforo y Metafraste ap. l'Ist. di Mar. del P. F. Gius. di G. e M. l. 5. 13.

al haberse de separar para siempre en esta vida de su amada Señora. Y la amantísima Madre se compadecía de todos y consolaba a unos prometiéndoles su patrocinio, a otros bendiciéndoles con particular afecto, y a otros animándoles a la conversión del mundo, y llamando especialmente a San Pedro, como a cabeza de la Iglesia y vicario de su Hijo, le encargó principalmente la propagación de la fe, prometiéndole desde el cielo una particular protección. Pero especialmente llamó después a San Juan, el cual más que todos los otros experimentaba un dolor cruel al tener que separarse de aquella santa Madre, y acordándose la agradecidísima Señora del afecto y atención con que este santo discípulo la había servido durante el tiempo que Ella había estado en la tierra después de la muerte del Hijo: “Juan mío —le dijo con gran ternura—, Juan mío, te doy gracias por lo mucho que me has asistido: hijo mío, puedes estar seguro de que no te seré ingrata. Aunque ahora te deje, voy a rogar por ti. Quédate en paz en esta vida hasta que nos volvamos a ver en el cielo, donde te espero. No te olvides de mí; en todas tus necesidades llámame en tu ayuda, que jamás me olvidaré de ti, hijo mío querido. Hijo, te bendigo, te dejo mi bendición, queda en paz. Adios.”

Mas ya se aproxima la muerte de María. Habiendo el amor divino consumido con sus dichosas e intensas llamas los espíritus vitales, ya la celestial fénix en medio de tan voraz incendio va perdiendo la vida. Llegaban entonces legiones de Angeles a recibirla, como en acto de hallarse dispuestos para el gran triunfo con que debían acompañarla al cielo. Aunque María se consolaba a la vista de aquellos santos espí-

ritus, sin embargo su consuelo no era cumplido, no Viendo comparecer aún a su amado Jesús, que era todo el amor de su corazón; por lo que con frecuencia repetía a los Angeles que iban a saludarla: "Os conjuro, oh hijas de Jerusalén, que si hallareis a mi amado, le participéis que desfallezco de amor"¹⁸. "Angeles santos, hermosos ciudadanos de la celestial Jerusalén, vosotros a escuadrones venís corteses a consolarme, y todos me consoláis con vuestra amable presencia; yo os doy gracias, pero todos vosotros apenas me contentáis, porque aún no veo a mi Hijo para consolarme. Si me amáis, volved al cielo, y decid de mi parte a mi amado que desfallezco de amor por El; decidle que venga, y que venga presto, porque yo muero con el vivo deseo que tengo de verle."

Mas he aquí que ya viene Jesús a recibir a su Madre para conducirla al cielo. Fue revelado a Santa Isabel que el Hijo se apareció a María antes de expirar, con la cruz en la mano, para manifestar la gloria especial que había alcanzado por medio de la redención y que por eternos siglos debía honrarle más que todos los hombres y que todos los Angeles. San Juan Damasceno refiere que el mismo Jesucristo la comulgó después por viático, diciéndole con amor: "Recibid, oh Madre mía, de mis manos aquel mismo cuerpo que Vos me disteis." Y habiendo recibido la Madre con sumo amor aquella última comunión, en sus postrimeros alientos le dijo: "Hijo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu: os encomiendo esta alma que Vos criasteis por vuestra bondad, rica desde el principio de tantas gracias, y con

¹⁸ Cant. V, 9.

especial privilegio conservada de toda mancha de culpa: os encomiendo mi cuerpo, del cual os dignasteis tomar carne y sangre: os encomiendo también estos mis hijos; ellos quedan afligidos con mi partida, consoladles Vos que les amáis más que yo; bendecidles y dadles fuerza para hacer cosas grandes para vuestra gloria”¹⁹.

Habiendo llegado el fin de la vida de María se oyó en el aposento en que descansaba una grande armonía, como refiere San Jerónimo. Y a más de esto, según fue revelado a Santa Brígida, se vio aparecer un grande resplandor, y conocieron luego los Apóstoles que la partida de María estaba próxima, por lo que renovaron las lágrimas y las súplicas, y levantando las manos exclamaron todos a una voz: “¡Oh última bendición, no os olvidéis de nosotros miserables.” Y volviendo María los ojos alrededor de todos, como despidiéndose por última vez: Adiós, hijos, les dijo “os bendigo, no dudéis, que no me olvidaré de vosotros.” Vino entonces la muerte, no vestida de luto y de tristeza, como viene para los otros hombres, sino adornada de luz y de alegría. Pero ¡qué muerte!, ¡qué muerte!, mejor diremos que el divino amor vino a cortar el hilo de aquella noble vida. Y así como una lámpara que estando para extinguirse, entre los últimos resplandores de su vida arroja una luz más brillante y después expira, así la bella mariposa invitándola su Hijo a que le siga, sumergida en la llama de su caridad, y en medio de sus tiernos suspiros, da un suspiro más grande de amor, expira y muere; y quedando así libre de los lazos de esta vida, aquella alma sublime, aquella

¹⁹ Ap. S. Joan. Damase. Pred. de Ass. V.

hermosa paloma del Señor, se elevó a la gloria bienaventurada, donde está sentada y lo estará como Reina del cielo por toda la eternidad.

María, pues, ha dejado ya la tierra, ya se halla en el cielo. Desde allá la piadosa Madre nos está mirando mientras estamos desterrados aún en este valle de lágrimas, se compadece de nuestras desgracias y nos promete su ayuda si la deseamos. Supliquémosle siempre que por los méritos de su dichosa muerte nos alcance una muerte feliz; y si fuese del agrado de Dios, que nos consiga la gracia de morir en un día de sábado, que es dedicado a su honor, o en algún día de la novena u octava de alguna de sus fiestas, como lo ha logrado a muchos de sus siervos, y particularmente a San Estanislao de Kostka, a quien alcanzó morir el día de su gloriosa Asunción, según refiere el padre Bartoli en su vida²⁰.

EJEMPLO

Viviendo este santo joven enteramente dedicado al amor de María, sucedió que el primer día de agosto oyó un sermón del padre Pedro Canisio, en el cual predicando a los novicios de la Compañía, lleno de fervor dio a todos el gran consejo de vivir cada día como si fuese el último de su vida, después del cual debiésemos presentarnos al tribunal de Dios. Concluido el sermón, San Estanislao dijo a los compañeros que aquel consejo había sido especialmente para él una voz divina, pues debía morir en aquel mismo mes.

²⁰ Lib. I, c. 12.

Habló así, o porque Dios expresamente se lo reveló, o a lo menos porque tuvo de ello cierto presentimiento secreto, como se ve por lo que aconteció después. Al cabo de cuatro días, yendo el santo joven con el padre Manuel a Santa María la Mayor, y conversando con él sobre la próxima fiesta de la Asunción, dijo: “Padre mío, yo creo que aquel día se vio en el cielo un nuevo cielo, pues se vio la gloria de la Madre de Dios coronada por Reina del cielo, y colocada muy cerca del Señor, sobre todos los coros de los Angeles. Y si es verdad, como yo lo tengo por cierto, que cada año se renueva la fiesta en el cielo, espero que veré la primera.” Luego, habiendo tocado por suerte a San Estanislao para protector del mes, según la costumbre de su religión, el glorioso mártir San Lorenzo, se dice que él escribió a su Madre María una carta, en la cual le rogaba que le alcanzase que pudiera hallarse en el paraíso para ver aquella fiesta. En el día de San Lorenzo comulgó, y suplicó después al Santo que presentase aquella carta a la divina Madre, interponiendo con Ella su intercesión para que María santísima le oyese. Y he aquí que al anochecer de aquel mismo día le acometió la calentura, y aunque muy ligera, sin embargo desde entonces obtuvo por cierta la gracia que había pedido de su cercana muerte. En efecto, al acostarse dijo transportado de júbilo y sonriéndose: “No me levantaré ya más de este lecho”; y añadió al padre Claudio Aquaviva: “Padre mío, creo que San Lorenzo me ha alcanzado ya de María la gracia de encontrarme en el cielo por la fiesta de su Asunción”; pero nadie hizo caso de tales palabras. Llegada la vigilia de la fiesta, el mal continuaba

presentándose leve, pero el Santo dijo a un hermano que a la noche siguiente moriría; a lo que éste contestó: “¡Oh hermano!, mayor milagro sería morir de un mal tan leve que el curar de él.” Mas he aquí que después de mediodía cayó en un abatimiento moral, un sudor frío bañaba su cuerpo, y perdió enteramente las fuerzas. Acudió el Superior, al cual Estanislao suplicó que le mandara poner sobre la tierra desnuda a fin de morir como penitente, lo que se le concedió para complacerle, y fue puesto en tierra sobre un colchoncito. Luego se confesó, recibió el Viático, no sin arrancar lágrimas a todos los que le asistían, porque al entrar en su celda el santísimo Sacramento vieron brillar en sus ojos una celestial alegría, y su rostro inflamado de santo amor, que parecía un Serafín. Recibió también la Extremaunción, y entre tanto no hacía más que levantar los ojos al cielo, o mirar, besar y estrechar amorosamente contra su corazón una imagen de María. Un padre le preguntó: “¿De qué os sirve este rosario en la mano si no podéis rezarlo?” “Me sirve, contestó, para consolarme, porque es cosa de mi Madre.” “¿Cuánto más, —replicó el padre—, os consolaréis viéndola y besándole la mano en el cielo?” Entonces el Santo, con el rostro inflamado, levantó las manos, manifestando así el deseo de hallarse luego en su presencia. En aquel momento se le apareció su amada Madre, como él mismo indicó a los circunstantes, y poco después del amanecer del día 15 de agosto expiró con un semblante de predestinado, con los ojos fijos en el cielo sin hacer el menor movimiento, de manera que presentándole después la imagen de la santísima Virgen, y viendo que ya no

hacia ningún acto de amor hacia Ella, advirtieron que había pasado ya al cielo a besar los pies de su amada Reina.

ORACIÓN

¡Oh! dulcísima Señora y Madre nuestra! Vos ya habéis dejado la tierra y habéis entrado en vuestro reino, en donde os halláis sentada como Reina sobre todos los coros de los Angeles, como canta la Iglesia. Ya sabemos que nosotros pecadores no éramos dignos de teneros en nuestra compañía en este valle de tinieblas; pero sabemos también que en medio de vuestra grandeza no os habéis olvidado de nosotros miserables, y que a pesar de hallaros elevada a tan grande gloria, lejos de haberse perdido, se ha aumentado en Vos la misericordia hacia los pobres hijos de Adán. Desde el excelso trono, pues, en que reináis, volved, oh María, también sobre nosotros vuestros ojos misericordiosos, y compadeceos de nosotros vuestros hijos. Acordaos que al partir de este mundo prometisteis no olvidarnos. Miradnos y socorrednos. Ved en qué tempestades y en cuántos peligros cada día nos hallamos y hallaremos expuestos, hasta que llegue el fin de nuestra vida. Por los méritos de vuestra bienaventurada muerte alcanzadnos la perseverancia en la divina amistad, para salir de esta vida en gracia de Dios, y llegar también un día a besaros los pies en el cielo, uniéndonos con aquellos bienaventurados espíritus, para alabaros y celebrar vuestras glorias como Vos merecéis. Amén.

DISCURSO VIII

OTRO DISCURSO SOBRE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1.º Cuán glorioso fue el triunfo de María cuando subió al cielo. 2.º Cuán excelso es el trono en que fue colocada.

Parecería justo que en este día de la Asunción de María al cielo la santa Iglesia nos invitase más bien a llorar que no a regocijarnos, según dice San Bernardo¹, porque nuestra dulce Madre se va de este mundo, y nos deja privados de su amada presencia. Pero no; la Iglesia nos invita a alegrarnos, y con razón; pues si amamos a esta nuestra Madre, debemos alegrarnos más de su gloria que de nuestro propio consuelo. ¿Qué hijo no experimenta una satisfacción, aunque haya de separarse de su madre, si ésta va a tomar posesión de un reino? María va hoy a ser coronada Reina del cielo, y ¿no nos hallaremos transportados de júbilo, si verdaderamente la amamos? Para consolarnos más de su exaltación consideremos: Primero, cuán glorioso fue el triunfo de María cuando subió al cielo. Segundo, cuán excelso es el trono en que fue colocada.

PUNTO I

Después que Jesucristo nuestro Salvador cumplió la obra de nuestra redención con su muerte, los Angeles

¹ Serm. 1 de Ass.

anhelaban tenerle en su patria celestial, por lo que en sus oraciones le repetían incesantemente estas palabras de David: “Levántate, oh Señor, y ven al lugar de tu reposo, tú y el arca de tu santidad”². Así puntualmente hace hablar a los Angeles San Bernardino de Sena. “Levantaos, Señor, ahora que ya habéis redimido a los hombres, venid a vuestro reino con nosotros, y conducid también con Vos el arca viva de vuestra santificación, esto es, vuestra Madre, que fue el arca santificada por Vos que habitasteis en su seno”³. Por esto se dignó al fin el Señor condescender a los deseos de la corte celestial, llamando a María al cielo. Mas si quiso que el arca del Testamento fuese introducida con gran pompa en la ciudad de David; dispuso que su Madre entrase en el cielo con otra pompa más noble y gloriosa. El profeta Elías fue transportado al cielo en un carro de fuego, que según los intérpretes no fue otra cosa más que un grupo de Angeles que le levantaron de la tierra; “mas para conduciros al cielo, oh Madre de Dios —dice el abad Ruperto—, no bastó un solo grupo de Angeles, sino que vino a acompañaros el mismo Rey del cielo con toda su corte”.

Del mismo modo de pensar es San Bernardino de Sena, siendo de opinión que Jesucristo para honrar el triunfo de María vino El mismo del cielo a encontrarla y acompañarla; “para cuyo objeto —dice San Anselmo—, quiso el Redentor subir al cielo antes que llegase allá su Madre, no sólo para prepararle el trono en aquel palacio, sino también para hacer más gloriosa

² Ps. CXXXI, 8.

³ Serm. de Ass.

su entrada en el paraíso, acompañándola El mismo junto con todos los espíritus bienaventurados”⁴. De aquí es que meditando San Pedro Damiano sobre el esplendor de la Asunción de María al cielo dice que la hallaremos más gloriosa que la Ascensión de Jesucristo, porque tan sólo los Angeles salieron al encuentro del Redentor, pero la bienaventurada Virgen subió a la gloria con la compañía del mismo Señor de la gloria, que había ido a recibirla, y la de los santos Angeles⁵. Por lo que el abad Guérnico hace hablar así sobre esto al Verbo Divino: “Para glorificar a mi Padre bajé del cielo a la tierra; pero después para honrar a mi Madre subí otra vez al cielo a fin de poder salirle al encuentro y acompañarla con mi presencia al paraíso.”

Consideremos, pues, cómo vino ya el Salvador del cielo al encuentro de su Madre, y luego que la vio le dijo para consolarla: “Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues ya pasó el invierno”⁶. “Levántate, querida Madre, hermosa y pura paloma, deja este valle de lágrimas en donde tanto has padecido por mi amor. Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven y serás coronada”⁷. Ven en cuerpo y alma a gozar la recompensa de su santa vida. Si has padecido mucho en la tierra, la gloria que yo te he preparado en el cielo es mucho mayor. Ven allí a sentarte junto a mí, ven a recibir la corona que te daré de Reina del universo. He aquí que

⁴ Vid. de Exc. V. c. 8.

⁵ Serm. de Ass.

⁶ Cant. II, 10, 11.

⁷ Cant. IV, 8.

María deja ya la tierra, y acordándose de tantas gracias, como allí recibió de su Señor, la mira con afecto y compasión a la vez, por dejar en ella tantos pobres hijos expuestos a tantas miserias y peligros. He aquí cómo Jesús le tiende la mano, y la bienaventurada Madre ya se levanta en el aire y atraviesa las nubes y las esferas. He aquí que llega ya a las puertas del cielo. Cuando los monarcas hacen su entrada para tomar posesión del reino, no pasan por las puertas de la ciudad, sino que o se quitan éstas, o pasan por encima de ellas. Por esto los Angeles, cuando Jesucristo entró en el cielo, decían: “Levantad, oh príncipes, vuestras puertas, y elevaos, oh puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria”⁸. Del mismo modo ahora que María va a tomar posesión del reino de los cielos, los Angeles que la acompañan gritan a los de dentro: “Presto, oh príncipes del cielo, levantad, quitad las puertas, porque ha de entrar la Reina de la gloria.” Pero he aquí que entra ya María en la patria bienaventurada; y al entrar y al verla tan hermosa y rodeada de gloria aquellos espíritus celestiales preguntan a los Angeles que vienen de fuera, como contempla Orígenes: “¿Quién es esta criatura tan bella que viene del desierto de la tierra, lugar lleno de espinas y abrojos, pero que viene tan pura, tan rica de virtudes, reclinada sobre su querido Señor que se digna con tanto honor acompañarla? “¿Quién es? —contestan los Angeles que la acompañan—. Esta es la Madre de nuestro Rey, es nuestra Reina, es la bendita entre las mujeres; la

⁸ Ps. XXIII, 7.

llena de gracia, la santa de las santas, la querida de Dios, la Inmaculada, la paloma, la más hermosa de todas las criaturas”, y entonces todos aquellos bienaventurados espíritus empiezan a bendecirla y alabarla cantando con más motivo que los hebreos de Judith: “¡Ah Señora y Reina nuestra!, Vos sois la gloria del paraíso, la alegría de nuestra patria, el honor de todos nosotros”⁹. “Seáis, pues, siempre bien venida, seáis siempre bendita, he aquí vuestro reino; todos nosotros somos vuestros vasallos dispuestos a obedeceros.”

En seguida acudieron a darle la bienvenida y a saludarla como a su Reina todos los Santos que entonces se hallaban en el cielo. Vinieron las santas Virgenes; viéronla las doncellas, y la aclamaron felicísima y colmaron de alabanzas¹⁰. Nosotras, —dijeron—, oh bienaventurada Virgen, somos también reinas de este reino, pero Vos sois nuestra Reina, porque fuisteis la primera en darnos el gran ejemplo de consagrar nuestra virginidad a Dios; todas nosotras os bendecimos y damos gracias.” Vinieron luego los santos Confesores a saludar, como a su maestra, a la que con su santa vida les había enseñado tan hermosas virtudes. Vinieron también los santos Mártires a saludarla como a su Reina, porque con su gran constancia en medio de los dolores de la pasión de su Hijo les había enseñado y aun alcanzado con sus méritos la fortaleza para dar la vida por la fe. Vino también Santiago, que era el único de los Apóstoles que se

⁹ Judith XV. 10.

¹⁰ Cant. VI. 8.

hallaba entonces en el cielo, a darle gracias de parte de los otros por los consuelos y auxilios que de Ella habían recibido estando en la tierra. Vinieron después a saludarla los profetas, los cuales le decían: “¡Ah Señora!, Vos fuisteis la figurada en nuestras profecías.” Vinieron los santos patriarcas y le decían: “¡Oh María!, Vos fuisteis nuestra esperanza tanto y por tan largo tiempo de nosotros suspirada.” Mas los que entre éstos le tributaron gracias con mayor afecto fueron nuestros primeros padres Adán y Eva. “¡Ah, Hija querida! —le decían—. Vos habéis reparado el daño que nosotros causamos al género humano; Vos habéis alcanzado para el mundo aquella bendición que nosotros perdimos por nuestra culpa, por Vos nos hemos salvado; seáis eternamente bendita.”

En seguida vino San Simeón a besarle los pies, recordándole con grán alegría aquel día en que él recibió de sus manos al niño Jesús. Vinieron San Zacarías y Santa Isabel, y de nuevo le dieron gracias por la amorosa visita que Ella con tanta humildad y caridad les hizo en su casa, y por medio de la cual recibieron tan grandes tesoros de gracias. Vino San Juan Bautista a darle con mayor afecto las gracias de haberle santificado con sus palabras. Mas ¿qué le dirían San Joaquín y Santa Ana, sus queridos padres, cuando vinieron a saludarla? ¡Oh Dios mío!, con qué ternura debieron bendecirla diciendo: “¡Ah, Hija querida! ¿qué fortuna ha sido la nuestra de tener tal Hija? ¡Ah!, ahora eres nuestra Reina, en calidad de Madre de nuestro Dios: como a tal te saludamos y adoramos.” Pero ¿quién puede comprender el afecto con que vino a saludarla su querido esposo San José?

¿Quién podrá explicar jamás la alegría que tuvo el santo patriarca al ver llegar a su Esposa al cielo con tanto triunfo, y que había sido hecha Reina de todo el paraíso? Con qué ternura debió decirle: “¡Ah Señora y Esposa mía! Y ¿cuándo podré yo llegar a tributar debidamente gracias a nuestro Dios por haberme hecho esposo de su verdadera Madre, que sois Vos? Por Vos merecí en la tierra asistir en su niñez al Verbo encarnado, llevarle tantas veces en mis brazos, y recibir de El tantas gracias especiales. Benditos sean los momentos que pasé en mi vida sirviendo a Jesús y a Vos mi santa Esposa. He aquí a nuestro Jesús, consolémonos, que ahora no se halla acostado en un establo sobre el heno, como le vimos nacido en Belén; ya no vive pobre y despreciado en una tienda, como vivió algún tiempo con nosotros en Nazareth; no está clavado en un infame patíbulo, como en Jerusalén, en donde murió por la salvación del mundo; sino que está sentado a la derecha del Padre, como Rey y Señor del cielo y de la tierra. Y ahora nosotros, Reina mía, no nos apartaremos de sus santos pies para bendecirle y amarle por una eternidad.”

Finalmente, vinieron todos los Angeles a saludarla, y la gran Reina dio a todos las gracias por su asistencia en la tierra, tributándolas especialmente al arcángel San Gabriel, que fue el embajador feliz por medio del cual Ella supo su dicha cuando vino a darle la noticia de ser hecha Madre de Dios. Arrodillada después la humilde y santa Virgen adora la divina Majestad, y abismada enteramente en el conocimiento de su nada, le da gracias de todos los favores que por su bondad había recibido, y especialmente de haberla hecho

Madre del Verbo eterno. Figúrese cualquiera, si le es posible, con qué amor la santísima Trinidad la bendijo; qué acogida hizo el eterno Padre a su Hija, el Hijo a su Madre, el Espíritu Santo a su Esposa. El Padre la corona participándole su poder, el Hijo la sabiduría, el Espíritu Santo el amor. Y colocando las tres Personas divinas el trono de María a la derecha de Jesús, la declaran Reina universal del cielo y de la tierra, y mandan a los Angeles y a todas las criaturas que la reconozcan por su Reina, y como a tal la sirvan y obedezcan. Pasemos ahora a considerar cuán excelso fue este trono en el cual María fue colocada en el cielo.

PUNTO II

“Si el entendimiento humano, —dice San Bernardo—, no puede llegar a comprender la inmensa gloria que Dios ha preparado en el cielo a los que en la tierra le han amado, como dijo el Apóstol, ¿quién llegará a comprender jamás qué gloria tuvo preparada a su querida Madre, que en la tierra le amó más que todos los hombres, y que aun desde el primer momento en que fue criada le amó más que todos los hombres y todos los Angeles juntos? Con razón, pues, la Iglesia canta que María ha sido exaltada sobre todos los coros de los espíritus celestiales, habiendo amado a Dios más que todos los Angeles-” ¹¹. “Si —dice Guillermo abad—. Ella fue exaltada sobre los Angeles, de modo

¹¹ In Fest. Asumpt.

que no ve sobre de sí sino a su Hijo, que es el unigénito de Dios¹².

Esto es lo que considera el docto Gerson cuando afirma que “independientemente de las tres jerarquías en las cuales se hallan distribuidos todos los órdenes de los Angeles y de los Santos, como enseñan Santo Tomás y San Dionisio, María formó en el cielo una jerarquía separada, la más sublime de todas, y la segunda después de Dios”¹³. “Y así como —añade San Antonino—, la señora se diferencia sin comparación de los esclavos, así la gloria de María es incomparablemente mayor que la de los Angeles”¹⁴. Para entender esto, basta saber lo que nos dijo David, que esta Señora fue colocada a la derecha del Hijo¹⁵, esto es, de Dios, como dice San Atanasio¹⁶.

Es cierto, como dice San Ildefonso, que las obras de María aventajaron incomparablemente en mérito a las de todos los Santos, y por esto no puede comprenderse la recompensa y la gloria que Ella mereció¹⁷. Y si es cierto, como escribió el Apóstol, que Dios premia según el mérito¹⁸, lo es también, dice Santo Tomás, que la Virgen, cuyo mérito excedió al de todos los hombres y Angeles, debió ser exaltada sobre todos los órdenes celestiales¹⁹. “En una palabra, —añade San Bernar-

¹² Serm. 4 de Ass.

¹³ Super Magn. tract. 4.

¹⁴ 4 p. tit. 15, c. 10.

¹⁵ Ps. XLIV.

¹⁶ De Ass. B. V.

¹⁷ Serm. 2 de Ass.

¹⁸ Rom. II, 6.

¹⁹ Lib. de Sol. Sanct.

do —, mídase la gracia singular que María recibió en la tierra y luego mídase por ello la gloria singular que obtuvo en el cielo.

La gloria de María, dice un sabio autor²⁰, fue una gloria llena, una gloria completa, a diferencia de la que gozan los otros Santos en el cielo. Esta reflexión es muy hermosa; pues si bien es cierto que en el cielo todos los bienaventurados gozan una paz perfecta y completo contento, sin embargo siempre será verdad que ninguno de ellos disfruta de aquella gloria que hubiera podido merecer, si hubiese servido y amado a Dios con mayor fidelidad. De aquí es que si bien los Santos en el cielo no desean más de lo que poseen, sin embargo tendrían aún que desear. Es verdad igualmente que allí no se sufre pena alguna por los pecados cometidos y el tiempo perdido, pero es innegable que causa sumo contento el mayor bien que se hizo en vida, el haber conservado la inocencia y empleado mejor el tiempo. María en el cielo nada desea y nada tiene que desear. “¿Cuál de los Santos —dice San Agustín—, a excepción de María, puede decir que no ha cometido ningún pecado²¹? Ella no cometió jamás culpa alguna ni cayó en defecto alguno; y esto es cierto, porque así lo ha definido el santo concilio de Trento²². No sólo no perdió jamás ni oscureció la divina gracia, sino que nunca la tuvo ociosa: no hizo acción que no fuese meritoria, no profirió ninguna palabra, no tuvo pensamiento, no respiró jamás sin

²⁰ El P. la Colombière. Pred. 18.

²¹ De Nat. et Grat. l. 7, c. 36.

²² Sess. 6, can. 13.